

# RECEPCIÓN TELEVISIVA ADOLESCENTE: GRAMÁTICAS DE RECONOCIMIENTO Y CICLO DE VIDA

*Mariano Gonzalo Lapuente*  
*Universidad Argentina de la Empresa (Argentina)*  
*mlapuente2@uade.edu.ar*

## Resumen

En general todos entienden que el conjunto de medios transmite una gran cantidad de mensajes que ejerce su efecto en el adolescente, pero el fenómeno inverso parece menos perceptible, esto es: que el adolescente también opera sobre esos discursos y por tanto ajusta un lugar y un alcance a los medios. Este trabajo producto de una investigación que se realiza en el Instituto de Comunicación y Diseño (INCOD) de la Universidad Argentina de la Empresa (UADE), se dirige a describir algunos de los procesos de producción de sentido que guían la selección y preferencia de programas en el telespectador adolescente. Es nuestra intención avanzar aquí, sobre los modos en que un ciclo de vida ejerce su influencia, modalizando el encuentro que mantiene la audiencia y su pantalla. Para ello, hemos circunscripto primero el conjunto de programas visionados por el adolescente, restringiendo el campo de acción a la programación de aire local de 2008, para detenernos luego en las reglas que aquel activa en su recepción televisiva.

Palabras clave: Adolescencia, televidente, gramáticas, Semiótica, selección.

## 1. Introducción

En este trabajo avanzaremos sobre el marco que impone la adolescencia en su encuentro con lo televisivo, modalizando y condicionando la relación entre sus actores y la televisión (1). De ahí también que este texto se detenga en discursos de adolescentes, pues se trata de encontrar la televisión allí donde es procesada no por la lógica del mercado sino por la de los consumidores, que si fueran una y la misma lógica no cabría la necesidad que hoy pocos niegan de distinguir entre estudios en emisión y estudios en recepción de medios.

Las muestras de discurso de los adolescentes fueron obtenidas por dos procedimientos: uno, por la técnica de Focus Groups (2), y otro, por el análisis discursivo de listas de «comentarios» presentes en páginas web. Estas tienen por objeto a la televisión de aire de Argentina en sus emisiones de 2008. Así, estas dos disímiles fuentes para constituir corpus de discursos que funcionan en el reconocimiento de textos televisivos, es decir, que se presentan expresando distintos modos de recepción que realizan los adolescentes, permitirán constatar recortes en sus zonas y en sus dichos que refuerzan el armado de las reglas de “lectura” (3) propias de este segmento.

## 2. La pantalla del adolescente

Uno de los primeros pasos en la investigación lo compuso el intento por circunscribir la serie de programas que efectivamente constituía el consumo televisivo de los adolescentes. Cuando las conversaciones cotidianas tienen por objeto la televisión, suele suceder que sus referencias se realicen bajo el fondo de una televisión vacía y en el marco de un registro generalista. La posición incómoda que ocupa la televisión en el conjunto de medios hace que las alusiones a sus efectos se dispongan usualmente en directa conexión con el “máquina” sospechada antes que con sus textos emitidos. Por ello, este trabajo procedió a determinar qué programas se localizan en las preferencias y gustos de los adolescentes. Dada la complejidad de la oferta televisiva que ha venido a traer los servicios pagos de televisión, se circunscribió el estudio a la televisión local, y dentro de ese universo, se aislaron los programas que efectivamente fundan los hábitos de consumo de nuestro segmento, dando lugar a lo que se puede entender como «la pantalla adolescente de la televisión de aire local de 2008». Esta pantalla la componen: “CQC”, “La Liga” y los noticieros del prime time de canal 11 y 13 como los más vistos y reconocidos; “Peter Capusoto y sus videos”, “Policías en acción”, “Casi Ángeles”, “Showmatch”, “Mañanas informales” como así también “Duro de Domar”, “TVR”, “Don Juan y su Bella dama”, juntos, se ubican detrás con medidas variables; por último, “El muro infernal”, “Intrusos” y “Patito Feo”, de un modo residual, también se presentan en su televisor.

Esta pantalla se obtuvo por dos encuestas que relevan sus programas preferidos, los de mayor consumo, los que más responden a sus intereses y expectativas, los que constituyen un consumo vergonzante, y los mejor evaluados con relación a valores positivos percibidos. Un primer acercamiento lo constituyó una encuesta exploratoria, semiestructurada, no probabilística, de 120 casos, entre chicos de 16 a 21 años, estudiantes secundarios y universitarios de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

Posteriormente, ya con esta base, se realizó una encuesta estructurada (4), probabilística, con preguntas cerradas, abiertas y alternativas fijas, con 490 encuestados, limitada a chicos de 16 a 19 años, estudiantes también de instituciones públicas y privadas de colegios secundarios, pero ampliada al primer cordón del conurbano bonaerense. Dos muestras de control se agregan en los extremos del recorrido estudiantil, que va desde los inicios de los estudios en la secundaria hasta su finalización en la universidad, esto es: 100 encuestas a chicos de 13 y 14 años estudiantes en los inicios del secundario y a alumnos universitarios de 24 y 25 que están concluyendo sus estudios superiores (5).

Esta pantalla define entonces la programación que la adolescencia hace suya. De toda la oferta que el aire impone, es esta porción con la que tiene un contacto recurrente, más recordado o más significativo en relación con sus expectativas.

### 3. Sobre la perspectiva elegida

Para avanzar en la descripción del encuentro entre esta pantalla y la adolescencia nos gustaría hacer algunas observaciones sobre el modo en que abordamos ese encuentro. Como lo anticipa el título de nuestro trabajo nos ceñimos a la teoría y metodología propuestas por la Teoría de los Discursos Sociales elaborada por Eliseo Verón (6). Desde esta perspectiva, los programas televisivos que conforman la pantalla del adolescente pueden ser comprendidos como productos discursivos que proponen una oferta de sentidos posibles repartidos en múltiples trayectorias semióticas. Cada programa constituye territorios de sentidos estructurados por una gramática de producción. Como contrapartida, y por su lado, el estudio de las gramáticas de reconocimiento permite "sintetizar" cuáles de esas trayectorias de sentido son activadas y sometidas a condiciones que, en nuestro caso, expresan las lógicas de los adolescentes-consumidores. Los medios proponen ciertos recorridos de sentidos; los adolescentes activan algunos de ellos y los someten a ciertas reglas que definen su recepción, dando cuenta de las gramáticas de reconocimiento por la que ellos se encuentran cursados. Tanto la selección de ciertas trayectorias, es decir el hecho de activar ciertos sentidos posibles propuestos desde el discurso-objeto, como el sometimiento de dichas trayectorias a reglas que estabilizan un sentido en recepción están dominadas por el mismo conjunto de condiciones que fija una gramática de reconocimiento. La activación de sentidos y su posible refundación en recepción dependen de la misma gramática, del mismo conjunto de reglas.

Ahora bien, si creemos que se puede hablar de "lógicas de los adolescentes-consumidores", es precisamente porque pensamos que las condiciones que operan en reconocimiento y fundan sus gramáticas "sobrepasan largamente el marco de los discursos mediáticos" (7). La adolescencia está caracterizada por cierta semiosis, por cierto modo de entender y ordenar el mundo, que actúa en contacto con los medios como fuera de ellos. Por eso, esta adolescencia que moldea a nuestro televidente no puede sino dejar su impronta cuando toma contacto con los medios, del mismo modo que se la observa cuando toma contacto con la familia (la queja de los padres es un síntoma de esa irrupción), o cuando toma contacto con las nuevas y crecidas relaciones de pareja (antes meros juegos de niños), o también, cuando el mundo se le multiplica, en compañía de los pares, en su encuentro con la ciudad. La gregariedad que caracteriza la presencia urbana del adolescente en *shoppings*, bares, recitales, plazas o transporte público constituye la impronta de ese encuentro.

Pensamos que la adolescencia debe entenderse entonces como un organizador de las lógicas individuales que caracterizan los procesos de producción de sentido en la recepción televisiva de este segmento. Que el modo en que la sociedad gestiona el curso vital de sus miembros constituye una vía de indagación hacia la construcción del vínculo que mantienen los medios y la adolescencia.

Consecuentemente, hemos reconstruido tres gramáticas (8) donde la adolescencia integra las condiciones de reconocimiento y así se hace presente en las gramáticas que reglan la recepción televisiva.

### 4. Ciclo de vida y gramáticas de reconocimiento

Después de delimitar la pantalla de programación sobre la que el adolescente deposita su atención y la perspectiva aquí adoptada, podemos adentrarnos en las formas en que ese ciclo de vida que es la adolescencia impone sus reglas en su encuentro con lo televisivo, y produce una jerarquización y una valoración de programas o fragmentos de programas por sobre otros. Estas gramáticas representadas por lo que hemos denominado en un caso telespectador «explorador», en otro «rastreador» y por último «evocador silencioso» no constituyen, bajo estas figuras, conjuntos de reglas excluyentes para un mismo adolescente. Un mismo adolescente puede conjugar más de una de estas gramáticas, puede asumir más de una de estas figuras, aunque creemos, no suele hacerlo sin restricciones y con absoluta libertad.

#### 4.1. La ciudad expandida

La primera de nuestras gramáticas de reconocimiento entonces puede ser condensada en la figura de un telespectador

«explorador». La lógica por la que este está regido es la de aquel que gana “mundos” gracias a la mediación que cumple la televisión, gracias a que ella le acerca espacios urbanos y sus habitantes de otro modo casi inaccesibles. La televisión con sus sonidos y sus imágenes habilita un encuentro con espacios de la ciudad y con prácticas sociales a ellos asociados que en términos generales les están vedados o simplemente se encuentran a distancia. El programa más típico del explorador está representado por La Liga (9) y es uno de los que más responde a sus expectativas. Apoyado en la referencialidad de la no-ficción, los espacios y las figuras que este programa muestra pueden estar representados por: las cárceles y sus presidiarios, la ciudad de los inmigrantes bolivianos y la discriminación, la delincuencia y los barrios marginales, la noche y su prostitución, el mundo del *shopping* y sus *floggers*, o el mundo de la música con su tipología de identidades (el rolinga, el *heavy*, el bailanero, el tecno, etc.). A todos estos ejemplos los aúna la ciudad, sus identidades y sus prácticas. Estos territorios simbólicos son los que dominan y seducen al *explorador*.

Se suele decir, después de McLuhan, que la explosión de contactos que han venido a traer las tecnologías de comunicación ha encogido el mundo al tamaño de una aldea, pero en realidad el mundo se ha ensanchado, se ha multiplicado exponencialmente en sus figuras y sus espacios.

Por otra parte, la dinámica de la movilidad que contamina al mismo tiempo distintos registros en los que el adolescente representa su punto de encrucijada (esa que lleva de la niñez a la adultez, de la dependencia a la autonomía, de la identidad abierta a la que busca suturas, de la obediencia a las propias decisiones, de los estudios a la inserción laboral), conecta directamente con aquel otro tránsito que va del encierro en la casa al descubrimiento de la calle (10). Si, como señala José Luis Fernández, “a partir de cierta escala, es imposible para un ciudadano común conocer exhaustivamente el espacio y la actividad de su ciudad sin la presencia de los medios” (11), para el adolescente, que se encuentra en pleno descubrimiento de la ciudad y sus habitantes, la televisión se convierte en verdadera enciclopedia visual y sonora de lectura recurrente. Es así que la televisión sin ser su espejo duplica el espacio social habilitándolo para su tránsito bajo las coordenadas del espacio-tiempo del discurso audiovisual.

De hecho, y a pesar de la gran penetración de internet entre sus hábitos de consumo (12), la televisión de aire continúa siendo un lugar dominante en la construcción de lo local: “ves la gente que va a comprar a la Salada o cuando se juntan los *floggers* ahí en el Abasto, y si no fuera por la televisión no lo ves en internet”.

Por otra parte, estos registros que hacen “mundo” no aparecen de cualquier forma en la televisión, están estrechamente ligados a la construcción de un relato que muchas veces toma la forma de una historia de vida o de una tipología coral de identidades, en un régimen de representación dominado por lo referencial y la no-ficción. Estos mundos, muchas veces estereotipados, parecen serle útiles al trazado de una taxonomía social no abstracta. En la construcción de esta clasificación, los adolescentes destacan entre los recursos retóricos que organizan el texto, la exposición y alternancia de voces que construye puntos de vistas distintos sobre un mismo problema o tema en el que se centra cada emisión.

#### 4.2. La conducta en el fragmento

Nuestra segunda gramática está representada por el «rastreador». Este es un entusiasta que recorta fragmentos o conjuntos de fragmentos donde la televisión pone en escena situaciones conflictivas que se encuentran en los ecos de la partición naturaleza/cultura, esto es: la socialización. Así, el noticiero, que acerca a ese padre que ha mantenido cautiva a su hija y cometido incesto durante años sin que nadie se diera cuenta, pasando por el salvazo en vivo a un miembro del jurado por parte de una participante en “Bailando por un sueño” (13), hasta las soluciones variadas que toma la amistad o las relaciones amorosas en la bisagra de la iniciación sexual en una ficción como “Casi Ángeles”, constituyen ejemplos de la clase de trayectorias semióticas que activan el interés del *rastreador*. Estos territorios discursivos ilustran de algún modo situaciones que convocan los límites y las marcas que convierten a un individuo en miembro pleno de una sociedad. Si el proceso de socialización no es otra cosa que el depositario de operar la transformación del infante en un individuo integrado al conjunto social que lo contiene, estos fragmentos que activa el adolescente manifiestan estados de ese proceso en los Otros de la televisión.

Se trata de atender a la pantalla que permite descubrir, recorrer, rastrear universos simbólicos ligados a comportamientos reprimidos por la ley social, o al menos, donde esa misma ley parece actualizar la pregunta por lo censurable. Por ello, pequeñas escenas banales y escandalosas típicas de los que algunos han llamado “telebasura” (14), también se vuelven referentes habituales de las conversaciones en que los adolescentes discuten y polemizan sobre los límites que guían las conductas: “a mí me pareció bien que lo escupieran [a Lafauci] porque él primero había basureado a los mexicanos” (15).

El *rastreador* tiene tres características clave que lo manifiestan en su discurso. Por un lado, no se autopercebe como un telespectador que se encuentra funcionando en esta modalidad todo el tiempo. No enciende la televisión en busca de estos rastros. Ciertos acontecimientos, ciertos relatos lo activan. Por otro, es típico que sus observaciones no se detengan únicamente en el caso general que en un momento le trae la televisión –con su conflicto, con su componente de acontecimiento o de

ción—, sino en sus detalles, en indicios que apuntan al hallazgo de la censura, de la represión, es decir, a las marcas y los límites de la socialización que se expresan en el televisor. Por último, y a diferencia de lo que sucede con el *explorador*, el *rastreador* se sirve tanto de la ficción como de la no-ficción, tanto del grabado como del directo, cursa todos los “regímenes de expectación televisiva” (16); pero distinguiéndolos, es decir, reaccionando con sensibilidades distintas a sus posibles combinaciones.

No es un entusiasta de la actividad en sí sino de los juegos de indicios que le interesan y por los que sus observaciones se detienen. Así, frente al caso del noticiero, recuerda comentarios que realiza la conductora del noticiero al volver al piso luego de las imágenes y la voz en off que dieron paso a la noticia: “Nadie de sus vecinos se dio cuenta de lo que durante años hacía este padre con su hija”; como si fuera inexplicable semejante adormecimiento de la actividad censora de la sociedad. Este comentario de la conductora, que retoma un dato ya disponible en la noticia, no se comporta como simple redundancia para el *rastreador* sino que representa el ejercicio que asume y ejerce una voz social, esa que en el asombro por lo inexplicable acaba actualizando la censura. Cuestión que por supuesto el rastreador nunca expresa explícitamente, pero sobre la que parece detenerse con insistencia. Asimismo, en el ejemplo que hemos convocado de “Bailando por un sueño”, esa postura social que se rastrea puede atender al comportamiento y los dichos no sólo de un Tinelli que es un tercero en la escena del salivazo televisivo, sino también de sus compañeros de piso, de los otros miembros del jurado, como así también detenerse en las formas del rostro y los gestos que asume el público presente en el piso (= televidentes metidos en la pantalla). Por su lado, en “Casi Ángeles”, donde el amor y la amistad son los universos centrales de los comportamientos, el espectador atiende por ejemplo a las reacciones de los personajes y sus grupos de referencia, rastreando en los dichos y actos que configuran una personalidad o unas relaciones e historias en conflicto, las marcas que definen el borde donde chocan lo individual y lo social, el deseo y las exigencias. Todos estos detalles, todos estos fragmentos que organizan la atención del rastreador, constituyen las piezas sobre las cuales el adolescente rastrea las huellas de la sanción o la tolerancia social.

En estos tres casos que sirven de ejemplo, fijados todos con fuerza en la memoria del *rastreador*, se observa que tanto en la negación sexual de la hija que marca el incesto, en los modos discutidos acerca de lo que es tolerable o pertinente en un comportamiento público presente en un programa de entretenimiento, como en las maneras en que la sociedad regula el galanteo y el desempeño individual en la iniciación de los contactos amorosos, el *rastreador* atiende y recorre construcciones semióticas que ajustan su sentido sobre lo censurado y lo promovido; que son, si se puede decir así, engranajes de la socialización.

#### 4.3. El hedonismo infante

La última gramática en la que nos detenemos como resultado de la investigación, en su intento por componer las lógicas de los adolescentes-consumidores, es aquella que estabiliza su vínculo en la insistencia de un goce infantil, que retorna en el adolescente, vía la televisión. A este telespectador lo denominamos el «evocador silencioso». La lógica que lo guía es la del “reencuentro con lo ya conocido”. Es a esta lógica a quien se le debe la aparición disruptiva en el curso del día, de una tregua que aporta el consumo televisivo, al traer calma en las turbulencias que se apropian diariamente de él (17). El *evocador silencioso* compensa, sin hacer publicidad, los cambios y novedades que revolucionan el presente, con redundancia y repetición del pasado. Busca en la televisión aquel programa que le permita en sus trayectorias semióticas, restablecer unas prácticas y unos gustos infantiles. Son objeto de este televidente programas como “El muro infernal” o dibujos animados. Ambos, en la lista de sus consumos vergonzantes (de ahí también el silencio que envuelve su consumo).

En el primero de estos dos, que es un programa de entretenimiento, resulta interesante observar que todo el espectáculo televisivo gira en torno a una diversión y un juego estrechamente ligados a la niñez: el juego con piezas de encastre. La prueba del programa lo constituye una enorme plancha móvil de telgopor, es decir un muro, que se le acerca mecánica y autómatas al participante de la prueba. Este muro contiene en su centro un espacio vacío con que el participante debe mimetizar su cuerpo para cumplir con las formas de sus contornos, y así atravesar el muro, sin caer a una pileta con agua que se encuentra a sus espaldas. Este entretenimiento recuerda otro. Ese recuadro de madera calado con figuras geométricas o de animales, con que los niños suelen aprender relaciones de formas al tiempo que luchan con su motricidad todavía rudimentaria, cambia en este programa de escala y de materialidad para cobrar dimensiones humanas. Son los cuerpos de carne y hueso los que pueden jugar ahora a convertirse en piezas que deben formar figuras semejantes a aquellas con las que se jugó en la niñez.

Convertirse en pieza de encastre, a veces de formas inverosímiles con que el participante del programa rápidamente debe mimetizarse para tener éxito, constituye el desafío trivial y gracioso con el que el *evocador silencioso* pasa el tiempo en la calma del televisor. En el segundo caso, *los dibujos animados*, que vienen a ocupar el lugar de un consumo vergonzante, marginal en el conjunto de programas que definen su pantalla en cuanto a frecuencia y preferencia refiere, ligan al adolescente con experiencias y gustos expectatoriales producto de sus primeros contactos con el medio televisivo. En esta línea, los programas predilectos del

*evocador silencioso* forman parte de un consumo que se dirige al reencuentro con textos significativos, ligados a una infancia recientemente empujada hacia su desaparición. Esta infancia que no termina de morir, y que quizás no lo haga nunca de un modo rotundo, insiste con sus gustos y costumbres guiando las preferencias televisivas en la adolescencia (18).

## 5. El adolescente y su actividad semiótica televisiva

Lo que estas tres gramáticas vienen a describir es el modo en que la adolescencia procede a seleccionar, jerarquizar y distinguir programas o fragmentos de programas sometiéndolos a sus necesidades cognitivas y sus intereses. Cada etapa que el sujeto transita, en ese camino que va de la dependencia total y absoluta de los padres a la independencia y responsabilidad de los propios actos, reclama sus propias preguntas y necesidades, y en consecuencia, sus propios fragmentos televisivos que sirvan a ellas (19). Estos fragmentos televisivos constituyen el material significativo con los que el adolescente ensaya respuestas distintas a aquellas otras que construye por fuera del contacto con los medios en general y de la televisión en particular. El adolescente, como cualquier otro sujeto, para armar su “visión” del mundo, para reunirlos en una representación más o menos organizada, primero tiene que romperlo, tiene que dislocarlo en su falsa continuidad para de ese acto de fractura hacerse con sus materiales significantes sensibles a la significación. Es el carácter de esos fragmentos y la naturaleza de las operaciones cognitivas a las que responden lo que revela la participación de la adolescencia en sus condiciones de reconocimiento.

Por último, nos gustaría hacer observar que los nombres con los que hemos etiquetado cada una de las gramáticas siguiendo un camino ya abierto por Verón –el *explorador*, el *rastreador*, el *evocador silencioso*– intentan expresar en nuestro caso, más allá de la precisión con que puedan ilustrar el conjunto de reglas que reúnen, el carácter activo del espectador televisivo y del telespectador adolescente en particular con que nos encontramos. Cada nombre señala una acción o un tipo de actividad que realiza el adolescente en contacto con el discurso televisivo. Una actividad sobre todo cognitiva, semiótica: que clasifica, distingue, ordena y a su vez hace reaccionar al adolescente de modos distintos a la oferta televisiva total que se encuentra disponible al encender el televisor. Al televidente no le da todo igual; no puede dejar de ser un operador semiótico cuya naturaleza es la de la acción, la de la acción de un pensamiento-signo sobre otro pensamiento-signo, como decía Peirce. Esta actividad podrá ser evaluada en sus trayectorias semióticas, y en relación también con el pensamiento de “lectura” televisiva respecto del cual estas trayectorias son su testimonio, como productora de una ideación refinada o tosca, elaborada o simplista, primitiva o erudita del adolescente, pero jamás, como muestra de un sujeto dormido, acrítico o autista. Por supuesto, estos televidentes adolescentes están tan sometidos al discurso de los medios, tan integrados al poder de la cultura, y se presentan tan acrítricos respecto de los artificios que su sociedad naturaliza como cualquier otro indígena de cualquier otro sistema social.

## Notas

(1) Este artículo forma parte de una investigación llevada a cabo en el Instituto de Comunicación y Diseño (INCOD) de la Universidad Argentina de la Empresa (UADE), desde mayo de 2008 a mayo de 2009, que lleva por título: *Percepción y autopercepción de valores en los medios*. Equipo: Mariano Lapuente, Alejandro Gunsberg e Ingrid Westerholz.

(2) Se realizaron 4 focus groups con chicos de 16 a 19 años (dos mixtos y dos divididos por género), y se analizaron múltiples sitios web ordenados por los programas televisivos en ellos comentados.

(3) Eliseo Verón (1995).

(4) Actualmente esta encuesta se encuentra en procesamiento, pero se puede adelantar que la serie de programas que arroja coincide con pocos desvíos respecto de la anterior que tenía sólo un carácter exploratorio no probabilístico. Algunas de las diferencias en esta pantalla son “Los Exitosos Pells”, que comenzó con sus emisiones en noviembre coincidiendo con la realización de la encuesta; “Los Simpson”, que se posiciona como el más visto, dato ya tradicional aquí como en estudios realizados en otros países, y que había sido excluido de nuestro estudio por no ser de producción nacional, según nuestro interés, y “Fútbol de Primera”, de elección casi exclusiva de los varones.

(5) Este modo de segmentar las muestras descansa en la partición propuesta por Susana Quiroga, que apoyada en un punto de vista cronológico distingue en el interior de la adolescencia tres momentos: una adolescencia temprana (desde los 8 o 9 años hasta los 15), una adolescencia media (desde los 15 o 16 años hasta los 18) y una adolescencia tardía o fase resolutive (desde los 18 años hasta los 28).

(6) Eliseo Verón (1996).

(7) Eliseo Verón y Jean-Jacques Boutaud, J. (2007).

(9) En nuestra encuesta a 490 estudiantes de 16 a 19 años, después de “CQC”, “La Liga” es el programa más visto, que más responde a sus intereses y expectativas, y uno de los mejor evaluados en cuanto a los valores positivos que se le asignan. “La Liga: unite” es un programa semanal de investigaciones unitarias conducido por jóvenes, que se emite desde 2005. Lo caracteriza la elección de temas sociales (la prostitución, la discriminación, la violencia, la pobreza, las tribus urbanas), tratados a través de entrevistas que multiplican puntos de vistas en la narración periodística. Estas se desarrollan en el hábitat cotidiano de los protagonistas (la calle para ladrón, la casa precaria del pobre, el *shopping* del *flogger*, el barrio del inmigrante discriminado). Su estilo se define por la hibridación de componentes propios del periodismo “amarillo” como del “serio”.

(10) Hopkins, J. (1987).

(11) Fernández, J. L. (2008).

- (12) El trabajo de R. Morduchowick, derivado de la Encuesta Nacional de Consumos Culturales del 2006, realizada a 3.300 adolescentes de 11 a 17 años por el Ministerio de Educación de la Nación, muestra cómo la televisión aún resiste en los consumos adolescentes el avance de internet.
- (13) Sabrina Sabrok, una participante del certamen casada con un mexicano, escupió a Jorge Lafauci (jurado del programa) por haber dicho que los mexicanos “eran feos”.
- (14) López Talavera, M. y Bordonado Bermejo, J. (2007).
- (15) La participante Sabrina Sabrok, luego de su comportamiento, fue expulsada del certamen debiendo abandonar el programa “Bailando por un sueño”.
- (16) Mario Carlón ha distinguido cuatro regímenes de expectación televisiva. Estos son el producto de combinaciones posibles –que implican, por un lado, registros representacionales (ficción/no-ficción); y, por otro, posibilidades del dispositivo técnico (directo/grabado)– que se ponen en juego en las condiciones de producción de todo discurso televisivo: directo/ficción, directo/no-ficción, grabado/ficción y grabado/no-ficción (Mario Carlón, 2004).
- (17) María Cristina Rother Hornstein (2006).
- (18) Esa vida que se denomina adolescencia ha sido tratada sobre todo por la sociología y por la psicología, pero en realidad, si corremos el punto de vista, quizás le competa más bien a la historia. No porque a ésta le toque localizarla como acontecimiento social en el tiempo, sino porque esta disciplina es la que ha hecho de la *periodización* su objeto de estudio por excelencia. En efecto, en el desarrollo evolutivo del individuo –y su especie, el hombre– la adolescencia se comporta como un marcador de época en la historia vital del sujeto. Así, tomamos la adolescencia como corte sincrónico ejercido, sobre esa diacronía, que es la vida de todo individuo.
- (19) Montero Rivero, Y. (2006).

## Bibliografía

- Carlón, Mario: “Sujetos telespectadores y memoria social”, en *Sobre lo televisivo: dispositivos, discursos y sujetos*. Buenos Aires, La Crujía, 2004.
- Fernández, José Luis: “Espacio mediático sobre el espacio urbano”, en Revista LIS Letra. Imagen. Sonido. Ciudad Mediatizada, Año I, N°1, Buenos Aires, 2008.
- Hopkins, J. Roy: *Adolescencia. Años de transición*. Madrid, Pirámide, 1987.
- López Talavera, M. y Bordonado Bermejo, J.: “Telebasura, ética y derecho: límites a la información de sociedad en televisión”.
- Dialnet: portal de difusión de producción científica hispana. Recuperado el 15 de julio de 2008 de:  
<http://dialnet.unirioja.es/servlet/extaut?codigo=326250>.
- Morduchowicz, Rosana: “La relación de los jóvenes y las pantallas”, en Morduchowicz, R. (Coord.) *Los jóvenes y las pantallas. Nuevas formas de sociabilidad*. Buenos Aires, Gedisa, 2008.
- Quiroga, Susana: *Adolescencia: del goce orgánico al hallazgo del objeto*. Buenos Aires, Eudeba, 1997.
- Rother Hornstein, María Cristina (comp.): *Adolescencias: trayectorias turbulentas*. Buenos Aires, Paidós, 2006
- Eliseo Verón y Jean-Jacques Boutaud, J. “Del sujeto a los actores. La semiótica abierta a las interfaces”, en *Sémiotique ouverte. Itinéraires sémiotiques en communication*, París, Lavoisier, Hermès Science, 2007 (Traducción: Gastón Cingolani, para la cátedra de Medios y Políticas de la Comunicación, Área Transdepartamental de Crítica de Artes, Instituto Universitario Nacional del Arte, 2008).
- Verón, Eliseo: “De la imagen semiológica a las discursividades” en Veyrat-Masson, I. y Dayan, D. *Espacios públicos en imágenes*. Barcelona, Gedisa, 1997.
- Verón, Eliseo: *La semiosis social. Fragmentos de una teoría de la discursividad*. Barcelona, Gedisa, 1996.
- Verón, Eliseo: “La mediatización”, en *Semiosis de lo ideológico y el poder/La mediatización*. Buenos Aires, Oficina de publicaciones del CBC, 1995.

## MARIANO GONZALO LAPUENTE

Licenciado en Ciencias de la Comunicación (FCS-UBA). Docente e investigador de la Universidad Argentina de la Empresa y en la Universidad de Buenos Aires. Desde el 2001 ha participado como investigador en proyectos UBACyT en el área de semiótica de los medios. Dirige actualmente el proyecto de investigación *Percepción y autopercepción de valores en los medios* en el Instituto de Comunicación y Diseño de la Universidad Argentina de la Empresa (INCOD-UADE).